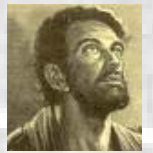


EL SILENCIO DEL MEJOR MARIDO

Autor: Rafael García Ramos



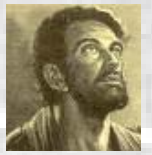
Mt. 1, 18-25 Zozobras de San José (APARTADO 1.04 DEL LIBRO)

A continuación, en el Evangelio Concordado, aparece en escena un hombre justo y bueno, José, el esposo de María. Así como suena, el marido de María. Un hombre casado en situación de zozobra porque no sabe qué hacer. Si nos ajustamos a la interpretación literal del texto, puede pensarse que José está sorprendido del embarazo de su mujer, un embarazo en el que él no había intervenido. Al margen de una interpretación pueril de cual era el estado anímico de José, se puede tratar de emplear la lógica, en base a los datos que el propio relato evangélico aporta y aceptar el singular ejercicio de dos voluntades, la de María y la de José, que por no ser, en general, la normal voluntad de dos jóvenes casados, dejan por ello de estar fuera de lo posible y entender los hechos tal y como fueron. Estos esposos, este marido y mujer, probablemente, todavía no vivían como tal bajo el mismo techo de un hogar. Está demostrado que en la familia judía de aquellos tiempos un hombre y una mujer podían estar casados, con todos sus derechos y obligaciones, y sin embargo permanecían, durante indefinido tiempo, en el hogar paterno, cada cual en la casa de sus padres. De la respuesta de la Virgen, ya desposada con José, a Gabriel: **“¿Cómo será eso, pues no conozco varón?”**, puede interpretarse que esta Mujer, aun estando casada, no tenía voluntad de dejar de ser Virgen. Por lo que se deduce de esta pregunta, posiblemente, hubo un entendimiento previo y mutuo entre María y José que se consumó en la intimidad de un pacto entre dos personas singulares que obran al dictado de su soberana libertad, en virtud de la cual se abstienen de un derecho conyugal incuestionable. En este razonamiento no podemos pasar por alto que estamos ante la Inmaculada Concepción y un hombre elegido desde la eternidad para ser digno marido de la Madre de Dios. La Virgen es una joven judía profundamente enamorada de José, un joven judío al que Dios dotó de una pureza con la que no hay términos para definirla en lenguaje humano, una pureza proporcionada a la de la Mujer que tenía por esposa.

Esta joven judía, María, sí da crédito a las palabras de Gabriel que hacen referencia al embarazo de su tía, Isabel, una mujer anciana que ya está de seis meses de gestación. Con esta Fe decide visitar a su parienta y dentro de un razonamiento elemental, el lector puede comprender que esta joven esposa fuera acompañada de su marido a un lugar distante 100 Km. El Evangelio no lo expresa, pero ¿quién puede dudar de que un buen marido acompañe a su esposa en un largo viaje, no exento de posibles peligros y dificultades? No concibo a María realizando el viaje sola, la contemplo junto a José camino de Ain Karim y si esto fue así, doy por hecho que no ocultaría a José el motivo del viaje, y si no le ocultó el embarazo de su anciana prima ¿por qué le iba a ocultar la realidad del suyo?, **¿por qué le iba a ocultar, al hombre de su alma, a su marido, que había concebido sin concurso de varón?**

EL SILENCIO DEL MEJOR MARIDO

Autor: Rafael Garcia Ramos



José, escuchó, vió y reflexionó. Escuchó a la Mujer de su alma y la creyó. Después pudo contemplar con sus propios ojos la evidencia sorprendente del nacimiento de un niño del vientre anciano de una mujer anciana. Escuchó las palabras de Isabel, que se dirigía a María como la Madre de su Señor. Reflexionó de la manera que un hombre justo y bueno puede reflexionar. No pone en duda la integridad virginal de su esposa María, sabe que en el bendito vientre de su Mujer hay engendrado un Niño por obra del Espíritu Santo que es el Hijo de su Dios y el Hijo de su Mujer, ¿qué hace él en este portentoso acontecimiento? Este es, a mi juicio, el fundamento de las zozobras de José, pues no entendería otros pensamientos en la mente de un marido bueno al que Dios le concede la mayor dignidad posible en un hombre. Otra cosa será que otros no lo entiendan, pero esto es materia opinable y cada cual puede quedarse con la interpretación que más se acomode a su leal saber y entender, siempre y cuando no esté en contradicción con el Magisterio de la Iglesia Católica.